



✠ Lectura del santo evangelio según san Marcos (1,12-15):

En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían. Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios.

Decía: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio.»

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

El miércoles pasado iniciamos la Cuaresma, y hoy celebramos el primer domingo de este tiempo litúrgico, que estimula a los cristianos a comprometerse en un camino de preparación para la Pascua. Hoy el evangelio nos recuerda que Jesús, después de haber sido bautizado en el río Jordán, impulsado por el Espíritu Santo, que se había posado sobre él revelándolo como el Cristo, se retiró durante cuarenta días al desierto de Judá, donde superó las tentaciones de Satanás (cf. Mc 1, 12-13). Siguiendo a su Maestro y Señor, también los cristianos entran espiritualmente en el desierto cuaresmal para afrontar junto con él «el combate contra el espíritu del mal».

La imagen del desierto es una metáfora muy elocuente de la condición humana.

El libro del Éxodo narra la experiencia del pueblo de Israel que, habiendo salido de Egipto, peregrinó por el desierto del Sinaí durante cuarenta años antes de llegar a la tierra prometida. A lo largo de aquel largo viaje, los judíos experimentaron toda la fuerza y la insistencia del tentador, que los inducía a perder la confianza en el Señor y a volver atrás; pero, al mismo tiempo, gracias a la mediación de Moisés, aprendieron a escuchar la voz de Dios, que los invitaba a convertirse en su pueblo santo.

Al meditar en esta página bíblica, comprendemos que, para realizar plenamente la vida en la libertad, es preciso superar la prueba que la misma libertad implica, es decir, la tentación. Sólo liberada de la esclavitud de la mentira y del pecado, la persona humana, gracias a la obediencia de la fe, que la abre a la verdad, encuentra el sentido pleno de su existencia y alcanza la paz, el amor y la alegría.

Precisamente por eso, la Cuaresma constituye un tiempo favorable para una atenta revisión de vida en el recogimiento, la oración y la penitencia. Los ejercicios espirituales que, como es costumbre, tendrán lugar desde esta tarde hasta el sábado próximo aquí, en el palacio apostólico, me ayudarán a mí y a mis colaboradores de la Curia romana a entrar más conscientemente en este característico clima cuaresmal.

Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una ocasión de conversión y de impulso aún más valiente hacia la santidad. Con este fin, invoquemos la intercesión materna de la Virgen María.

MEDITACIÓN DEL EVANGELIO (P. Morales)

1. El Espíritu empujó a Jesús al desierto

A impulso del Espíritu que le guía, huye a la soledad del monte de la Cuarentena después del bautismo, antes de iniciar su vida pública. El Espíritu le condujo (Mt), le empujó (Lc), le lanzó (Mc). Los tres sinópticos se han puesto de acuerdo para revelarnos la intensidad creciente de la acción del Espíritu en el alma del Verbo encarnado.

Se encamina al desierto llevando con Él a la Iglesia toda. Nosotros, llenos también del Espíritu Santo, debemos buscar, como por instinto, el desierto de la oración, la soledad de Dios. Fatigados por el continuo ajeteo de la vida, añoramos la paz silenciosa de la plegaria íntima. Nos dejamos arrastrar por el Espíritu para contemplar con amor el ayuno y la tentación de Jesús. «—Madre: empújanos al desierto con Jesús. Rodeando a Jesús, queremos imitarle y acompañarle en oración y penitencia en la lucha contra sus enemigos».

Jesús fue conducido al desierto. Ley del retiro y del retorno. La soledad es la patria de los fuertes; el silencio, su plegaria. El cristiano coherente lo sabe muy bien. Por eso, cada día siente más ansias de soledad, de Dios saboreado en vida oculta. Quiere hundirse más y más en sólo Dios. Va cayendo en la cuenta del vacío que dejan todas las cosas de la tierra, y siente ansias tremendas de Dios. Aspira a sepultarse en el

silencio. Las luces divinas más elevadas descienden al alma en el silencio del amor. «La mayor necesidad que tenemos para aprovechar es de callar a este gran Dios con el apetito y con la lengua, cuyo lenguaje, que Él sólo oye, es el llamado de amor» (San Juan de la Cruz).

2. En los cuarenta días y cuarenta noches, nada comió

Penitencia, austeridad. Estuvo en el desierto entre las fieras. Ni habitación, ni comida. Rocas, alimañas, intemperie, son su compañía. —«Madre: que le mire, que le vea, que le contemple con amor». Lucha contra el mundo —molice, comodidad—, guerra contra la carne —penitencia—. Sufre sus consecuencias, experimenta la debilidad. Sintió hambre, dice el Evangelio. Y todo pensando en mí. Preveía mis pocas fuerzas, se daba cuenta de que el mundo me envuelve con su sabiduría, enemiga de Dios, necedad a sus ojos (1 Co 3,19). Quería merecerme un suplemento de fuerza divina, de gracia, para ser cristiano y portador de la cruz. Si alguno quiere venir en pos de mí y ser mi discípulo...

La oración —desierto— y la penitencia —ayuno—, nos dan la clave de la victoria que va a obtener Jesús sobre Satanás. Demuestran que sólo el bautizado que se arma continuamente de ellas, que se reviste de extraordinaria austeridad y rebosa profundísima oración, puede triunfar del enemigo en todos los frentes.

3. Se dejó tentar por Satanás

Esto es, quizá, lo más misterioso y conmovedor del evangelio. Misterioso: la santidad de Jesús se deja tentar por Satanás. Conmovedor: hasta ahí quiere hacerse semejante a



nosotros... Sabía que los cristianos serían rabiosamente atacados por el enemigo en todos los flancos. Se compadeció de sus sufrimientos y luchas. Quiso precederlos con el ejemplo, llevar sobre Él todos los ataques que contra ellos desataría el adversario.

Las tentaciones no fueron tres. Se multiplicaron las embestidas furiosas a lo largo de la cuarentena. Era tentado, te dice el evangelio. Era tentado; imperfecto que denota permanencia de la acción a lo largo del tiempo. Era tentado, sufría. Para que yo no me extrañe de padecer tentaciones, persecuciones... Y con paciencia las superaba, enseñándome. «Para guardar el espíritu, no hay mejor que padecer, y hacer, y callar, y cerrar los sentidos con uso e inclinación de soledad y olvido de toda criatura».

4. Evangelio misterioso

Lo es el de la tentación de Jesús que la Iglesia en su liturgia siempre nos lo presenta en el pórtico mismo de la Cuaresma. La «santa cuarentena», como la llamaban los primeros cristianos, es lucha contra los enemigos con las mismas armas de Jesús: oración, penitencia, inundadas de amor al Padre, de amor a las almas. Porque Jesús nos enseña también a bañar nuestra austeridad y nuestra plegaria en amor apasionado al Padre de los cielos, a las almas de nuestros hermanos. No es el sacrificio, es el amor el fin y el medio. El amor puesto en acción, eso es el sacrificio como diría Santa Isabel de la Trinidad.

Evangelio misterioso. Es el prólogo de la historia de Jesús, de la historia de su Iglesia y de las almas, de mi propia vida en la tierra. El combate sostenido por Cristo y todos los cristianos, estrechamente aliados con las almas contemplativas, verdadera retaguardia orante, no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra principados y potestades del mundo de las tinieblas, contra los espíritus del mal. Es Satanás, que trata de desviar a Jesús del camino trazado por el Padre: un reino de pobreza y humildad, una redención por y en la cruz. Quiere inducirle a un mesianismo carnal, mundano: festines, dinero, vanidad, dominación universal. Y todo ello bajo la tapadera de la mayor gloria de Dios, citando frases de la Sagrada Escritura. Así se disfraza el malvado, hoy como ayer, con Jesucristo como con sus cristianos. Así lo ha hecho tantas veces conmigo, y con las instituciones de la Iglesia, para truncar los designios de Dios. Es lo que está haciendo en cada momento de la historia en la Iglesia, en la vida de las almas.

No lo olvidemos. Jesucristo fue tentado por Satanás no sólo como Hijo de Dios, sino como Cabeza del Cuerpo místico. Él, Jefe, Autor y consumidor de nuestra fe (Hb 12,2), recapituló, sufrió todos los ataques a su Iglesia. Por tanto, mis sufrimientos, mis tentaciones, ya no son míos, son de Jesús, pues yo con Él y en Él soy una misma cosa, formo una única persona moral. Con Él y con mis hermanos. Luego mis sufrimientos se derraman fecundantes sobre el Cuerpo místico, salvan almas, suscitan inquietudes, hacen circular la vida divina. «No sé qué me pasa — me escribía un joven que se había tomado en serio su bautismo—. Me siento universal. No se me ocurre ofrecer por nadie en particular, sino para que las almas tengan vida, y la tengan más abundante».

5. Tres tentaciones

Todos los asaltos del enemigo contra Jesús y su Iglesia se reducen a tres. Por eso, el evangelio de toda la cuarentena

sólo nos refiere tres tentaciones. Las imágenes y palabras que las representa fueron elegidas con grandísima habilidad. Trataba el enemigo de seducir a Jesús, si ello hubiese sido posible. Le propone realizar el programa del falso mesianismo judío: un Mesías que multiplique milagros para satisfacer su personal vanidad o la del pueblo (primera tentación); que aparezca vanidosamente, con teatralidad (segunda tentación); que se presente como ambicioso rey universal (tercera tentación). Un mesianismo que excluye la cruz.

Lo mismo hará con cada uno de nosotros para sacarnos de la bandera de Jesucristo, con la Iglesia toda. Primero, «codicia de riquezas», vida cómoda, bienestar físico, corporal. El cristiano que tiene que estar en pleno mundo, te dice, tienen que ser como los demás que te rodean, uno más, para no chocar. Segundo, «vano honor del mundo»; que te vean y te admiren, que tenemos éxitos, que se multiplican las obras. Olvidándonos del fermento oculto en la masa; exhibicionismos, teatralidad en el apostolado. Tercero, «crecida soberbia»; quitándose ya la careta, prometiendo lo que no puede dar, empujando a la deserción total. Todos estos reinos te daré si, postrado en tierra, me adorares; si renuncias a tu deseo de santidad, a tu austeridad de vida, a tu oración, a tu obediencia, te haré feliz, pero a condición... de que me adores.

6. Evangelio del consuelo y de la confianza

El amor de Jesús resplandece en toda la narración. Debe inundar siempre tu oración, para sintonizar con tantas almas consagradas y contemplativas, con la Iglesia toda. Jesús hecho como yo hasta la tentación, permitiendo que el enemigo le ataque, le zarandee, le lleve de acá para allá por los aires..., inaudito, misterioso. El amor hace locuras... por mí. Me lleno de alegría en medio de mis tribulaciones al pensar que no son mías: son de Jesús, de su Cuerpo místico, de mis hermanos.

En Él y con Él, triunfo en mis luchas contra Satanás. En Él y con Él, mi vida en la tierra será victoria sobre el enemigo. Vivo yo; mas no soy yo, es Cristo quien vive en mí (Gal 2,20). Si yo estoy incorporado a Él por la vida divina, ya no lucho yo, es Él quien lucha en mí. Cuando el enemigo ataca, es mi Cabeza, Jesús, quien le increpa: «¿Qué quieres conmigo? Él ya no existe, ha desaparecido en mí al bautizarse». Cuando a un niño le das una manzana y se la come, desaparece; no la busques más. Tampoco busques a este cristiano; ha desaparecido en mí.

—«Madre: a tu lado, muy metida en Él, quiero contemplar y vivir este evangelio imitando a Jesús. Santifica, Madre, a tu Iglesia. Unifícala en el amor para que todos los bautizados resucitemos con Él. Danos sacerdotes santos. Multiplica los llamamientos en fábricas, oficinas, universidades, escuelas, para que la juventud resucite con Cristo a la vida divina».

La Iglesia vive escondida en el desierto hasta el retorno de Cristo, que pondrá fin al poder de Satanás (Ap 6,14). Pero nada tengo que temer viviendo en Cristo por la fe. Él se dejó tentar para ser en todo semejante a sus hermanos, Pontífice compasivo y fiel, que puede dar la mano a los que son tentados (Hb 2,17). Sé que «Cristo fue tentado para que el cristiano no fuese vencido; para que, siendo Él vencedor, también nosotros fuésemos vencedores». «Sé que el demonio no engañará al alma que en ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe» (Santa Teresa).